

Los niños disminuidos y la escuela

Bien sea por exceso de normas o por exceso de protección, la escuela actual no facilita la inserción de los niños minusválidos.

Hace poco tiempo escuché en un bar una conversación entre jóvenes, uno de los cuales tenía un handicap motor. Aquel muchacho se consideraba afortunado, porque —decía— también él tenía su AÑO, y lo mismo que había sucedido con el Niño y con la Mujer, su vida iba a cambiar, sus problemas se iban a tomar en consideración, por fin iba a poder disponer de los medios necesarios para realizar sus proyectos, sus planes de vida... El pobre confiaba en que el tiempo de reflexión y de realizaciones que le estaban dedicando en su AÑO 1981, no iba a ser estéril y efímero.

El tiempo que se dedica actualmente a los niños minusválidos, y la voluntad que se pone en ayudar a su adaptación, están muy relacionados con la naturaleza de su mal:

La voluntad de integración del minusválido físico y sensorial tiende a normalizarse de un modo efectivo; se trata de reinsertarlos en una sociedad que ya no puede mantenerlos aparte, pues el minusválido físico posee los medios intelectuales para exigir esta responsabilidad.

Sin embargo, se presta menor atención a los minusválidos o deficientes mentales, porque no están en condiciones de reivindicar su derecho a convivir con una cultura y una sociedad que les rechaza.

Basta una visita a una institución asistencial, la observación de una peli-

cula como *El hombre elefante*, la lectura de artículos más o menos especializados, para poder captar mejor ese aspecto diferencial del minusválido, que aparece también en su vida escolar.

Tomemos como ejemplo los problemas particulares que puede encontrar un niño con un handicap sensorial como la sordera. Algo muy importante en esta clase de dificultades es la oportunidad de un diagnóstico precoz. Pero el diagnóstico, por desgracia, se hace siempre tarde; el niño entiende mal las cosas y se le considera un niño poco inteligente a quien no hay que exigir demasiado. Sólo una crisis ruidosa suele despertar en la escuela la atención del profesor hacia él; entonces empieza la inquietud por este comportamiento anormal episódico, ya que habitualmente son alumnos tranquilos que viven aislados. Gracias a estas reacciones, muchas veces se pone término a un proceso que ha durado años, y que, a la larga, hubiera sido catastrófico para el niño.

Orientar a los padres

Cuando se ha logrado realizar un diagnóstico precoz, el centro asegura una guía y orientación a los padres, para que sean capaces de asumir su angustia frente a la dificultad y para que acompañen al niño durante su reeducación. Logrado esto, pueden comunicarse con el niño y participar sin miedo en su desarrollo. Cualquier fallo en la integración del alumno puede tener su origen en la familia, que tiende, con su comportamiento, a sobreprotegerle e

infantilizarle, haciéndole así todavía más vulnerable. A veces se dan también situaciones de rechazo.

El niño debe comenzar su reeducación individual de una manera intensiva, con una pedagogía específica adaptada y rápidamente se integrará en el circuito escolar, sobre todo cuando adquiere el dominio suficiente del lenguaje para poderse comunicar. Pero estos niños necesitan un apoyo pedagógico especial que determina un número muy bajo de alumnos por clase: de 2 a 3 niños en las clases de iniciación; hasta los 9, como máximo, en el ciclo Superior de EGB.

El educador, gracias a este número reducido de alumnos, al conocimiento que tiene de cada uno desde su entrada en el centro, y a su propia motivación e interés consigue con frecuencia que el niño, que ha vivido el fracaso y la soledad, se reconcilie consigo mismo. El profesor le devuelve la confianza en sus posibilidades de comunicación y aprendizaje. Es muy importante para el niño obtener un diploma, como el certificado de estudios primarios, que sea un diploma nacional y negociable a un nivel social. Su obtención es una ocasión de orgullo para los padres y de interés renovado para el niño.

De este modo, la institución asistencial por medio de una reeducación intensiva durante los años de escolaridad, ayuda al niño en la comprensión de sus problemas personales y le proporciona medios para vivir con su dificultad. De hecho, ésta va perdiendo, poco a poco, su importancia, a medida que el niño cae en la cuenta de que no le impide la comunicación con los

otros. La institución es un lugar donde el niño se siente seguro, porque encuentra allí a otros como él; además, se trata de un retiro transitorio que le permite la captación de recursos, sin ser un cierre total al mundo.

La integración ulterior del niño en un circuito normal escolar debe hacerse con mucha precaución: para evitar un nuevo fracaso, es necesario que el éxito sea casi una certeza. En el caso de intentar esta integración, el equipo educativo debe asegurarse de que el niño está dispuesto a aceptarla, y debe preparar al medio familiar y al escolar para que lo acojan.

Pero esta inserción no debe hacerse de institución a institución, sino por intermedio de personas. La existencia de un proyecto preciso, la fe que el padre o educador debe poner en el niño, tienen que infundir en éste seguridad y confianza, una seguridad que poco a poco va haciendo suya. Sin embargo, hay que resistir a la tentación de ponerle todo fácil al niño cuando se encuentra con dificultades; es importante que se le den ocasiones de enfrentarse con ellas, y de que él adquiera la certeza de que puede resolverlas.

Mantener la serenidad

Esta adaptación que se espera del minusválido a veces se hace a costa de sufrimientos que el niño no puede confesar por el riesgo de ser rechazado. El único medio de no ser excluido consiste en no pedir demasiado.

La voluntad de inserción social del minusválido físico es tanto más limitada cuando aumenta la importancia del handicap. Una silla de ruedas, por ejemplo, molesta para circular libremente. La exposición del Centro Beaubourg, en París, «Diferencias e Indiferencias», hacía notar que pocas ciudades eran accesibles de un extremo al otro para los minusválidos (Grenoble es una excepción en Francia), así como tampoco lo son muchos apartamentos, lugares y locales públicos, a pesar de la Ley que así lo ordena.

Y cuando no se puede ser autónomo, cuando la inadaptación pesa demasiado, el regreso a la Institución (Hogares con internado) resuelve el problema.

Bajo la apariencia de una gestión social, que consiste en tomar bajo su cargo a las personas que no tienen la autonomía suficiente, la Institución sólo consigue reforzar la dependencia del minusválido y marginarlo todavía más, manteniéndolo —en un lugar concreto— en la ilusión de que está seguro y tranquilo. Esta sensación de tranquilidad que puede experimentar el minusválido, y que es ilusoria, tranquiliza la conciencia de la sociedad, sin caer en la cuenta de que esta seguridad sólo se experimenta en la Institución.

Esta sensación de bienestar que el minusválido experimenta en la Institución dificulta mucho —y a veces hace imposible— su vuelta al circuito normal. Y esto es mucho más grave y difícil para el minusválido intelectual, en la medida en que hay un desfase enorme entre los comportamientos admitidos en la Institución, donde hay un equipo pagado para ayudar y comprender, y la imposibilidad de reproducir esos comportamientos en un medio normal, donde en realidad son vividos de una manera diferente.

Un análisis bastante superficial nos permite señalar la tendencia que tiene la sociedad de proponer a los minusválidos dos modelos de funcionamiento, según el dominio que tengan del lenguaje; modelos que se encuentran, por otra parte, en el desarrollo psicogenético del niño. Esta tendencia fija más bien los problemas de cada niño y no les permite evolucionar:

Por un lado, a los minusválidos físicos se les propone un modelo más bien «neurótico»: se les pide que hagan callar al cuerpo, al deseo, al afecto y que intelectualicen las cosas, las sublimen, se adaptan.

A los minusválidos intelectuales se les propone el modelo «psicótico». En este caso, la Institución mantiene ma-

ternalmente al minusválido en un lugar donde el «no» está prohibido. Este lugar es tranquilizante y a veces necesario para aquellos que tienen experiencias dolorosas, pero la Institución no debe quedar reducida a un lugar de ilusiones.

El niño inadaptado es un niño que nace con frecuencia en el seno de una familia propensa a este riesgo. Por su origen social, estos niños tienen asegurado un mal desarrollo, sobre todo de carácter intelectual. La inadaptación ése debe atribuir al niño, a la familia o a la sociedad?

Este término de inadaptación muestra bien la «intención educativa», el «proyecto pedagógico» que se reserva para esta fracción cada vez más importante de la población. Hablar de minusválidos sociales, en un caso semejante, sería sin duda más justo, incluso si no es debido a un hecho del azar (noción contenida en el origen etimológico de la palabra handicap). Este término tendría el mérito de subrayar una penalización al comienzo y, para el niño, un retraso a llenar en un nivel social.

Queda esbozada aquí la complejidad de este problema, que abarca, evidentemente, todo lo que se encubre bajo la noción misma de inadaptación. Cuando nos esforzamos por mantener (o reintroducir) en el circuito escolar normal a un niño minusválido, tranquilizamos la conciencia. Pero ¿y el propio niño? ¿A qué precio tendrá que pagar sus esfuerzos? Cuando se decide que un niño que está siguiendo una escolaridad normal, es inadaptado o «deficiente», y que debe ser retirado de ese circuito ¿qué hacemos para que no vaya a aumentar las filas cada vez más apretadas de los inadaptados? ¿Cómo conseguir superar las normas de una sociedad —normas jurídicas o valores morales— para encontrar, en esa misma sociedad, el mejor modo de conseguir un sitio propio?

N. B. Este artículo ofrecido a Padres y Maestros por la revista francesa *L'École des Parents*, refleja, naturalmente, problemas de la educación de los niños disminuidos en Francia. Constituye un buen término de comparación con la situación en que estos niños se encuentran en España y servirá, sin duda, de reflexión en estos últimos momentos del Año Internacional a ellos dedicado.